

Renacimiento del grab. de Tello, de la

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL ILMO. SEÑOR

D. BARTOLOMÉ MAURA Y MONTANER

EL DÍA 9 DE ABRIL DE 1899



MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1899

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL ILMO. SEÑOR

D. BARTOLOMÉ MAURA Y MONTANER

EL DÍA 9 DE ABRIL DE 1899



MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1899

DISCURSO

DEL ILMO. SEÑOR

D. BARTOLOMÉ MAURA Y MONTANER

SOBRE LA CONVENIENCIA DEL RENACIMIENTO EN ESPAÑA DEL GRABADO
CALCOGRÁFICO, LLAMADO TAMBIÉN DE TALLA DULCE

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si aun las más eminentes personalidades, puestas en mi caso, no se consideran dispensadas de hacer protestas de escaso mérito para merecer vuestros sufragios y ocupar esos sitios, ¿qué no debería yo deciros para expresar mi sincera gratitud por vuestra liberalidad al elegirme para formar parte de esta docta Academia, á la que pertenecieron tantos eximios artistas—mis queridísimos maestros algunos de ellos—y tantos ilustres varones, honra de esta Casa y de la patria? Fué indecible mi extrañeza al verme así honrado; ni aun ahondando en el rescoldo del amor propio—tan difícil de extinguir en los que al Arte nos dedicamos—hallo razón que justifique mi ingreso en esta ilustre Corporación, si no es vuestra magnanimidad, asociada al deseo de conservar aquí la representación de una rama del Arte que tiene contados servidores entre quienes hacer vuestra elección.

La que ahora me pone en el aprieto de disertar ante vosotros, que es ajeno á mis hábitos y superior á mis fuerzas, cubre la vacante; pero no podrá llenar de un modo cumplido y satisfactorio el puesto que dejó vacío el ilustre grabador á quien hemos perdido, D. Domingo Martínez y Aparisi.

Grato y fácil intento enaltecer cual merecen las rele-

vantes cualidades del que por tanto tiempo compartió con vosotros las tareas, siempre útiles para el Arte, de esta Academia; no hay sino levantar acta de lo que todos pensáis al evocar su esclarecida memoria, pues sus merecimientos artísticos brillaron entre vosotros, realzados por su extraordinaria modestia, verdaderamente cristiana. Su buril, fecundo como pocos, nos deja muchos y hermosos grabados; algunos de los más importantes enriquecen la notable colección de cobres que conserva nuestra Calcografía Nacional, y bastan para perpetuar su nombre como maestro consumado en el difícil Arte. De seguro conocéis y admiráis también la preciosa estampa de gran tamaño *Origen del apellido de los Girones*, grabada, por encargo de la Casa de Osuna, en la mejor época de Martínez; interpretación feliz del cuadro de D. Carlos Luis de Ribera. Constituye esta lámina por sí sola mérito honrosísimo para que el prestigioso nombre del autor pase con justicia á la historia del grabado calcográfico en España.

Entre los conservados en la Calcografía merecen citarse, por el acierto singular de su ejecución, *Los medios puntos*, copias del gran Murillo, y especialmente *El sueño del Patricio*. Tanto estos grabados como el del *Origen del apellido de los Girones* están hechos por el procedimiento llamado en España *al humo*; y si no parece contemporánea en este instante mi opinión, diré que es más admirable el éxito de Martínez en las citadas obras, por haberlo alcanzado con un sistema que no me satisface por completo. Conocemos, sin duda, hermosísimas estampas inglesas y francesas obtenidas por igual procedimiento, que casi me inclinan á arrepentirme de la

afirmación que acabo de hacer: ¡tan hermosamente y con tan peregrino arte están grabadas! Esto no obstante, las obras magistrales del grabado calcográfico de todas las épocas y todos los países donde se ha cultivado y cultivada con lucimiento este hermoso Arte, están ejecutadas con trazos, unas veces vigorosos y atrevidos, suaves y delicados otras, según lo requiera el asunto; y cuando están hechos de esta manera por hábiles artistas, puede asegurarse que reúnen espíritu, brillantez y frescura en grados imposibles de conseguir con otro procedimiento alguno. El mismo Martínez nos lo demuestra prácticamente en su lámina *Jesús en el Castillo de Emaus*, donde no sólo se ostenta la destreza de un burilista delicado y fácil, sino que supo interpretar el color del Tiziano. Révelase asimismo como un buen burilista, y digno discípulo, por tanto, del grabador insigne Calamatta, cuyas lecciones recibiera Martínez por mucho tiempo en París y Bruselas, en la *Bella Jardinera* del inmortal Rafael y en el *Ecce-Homo* del pintor francés Mignard.

Con estas dos copias de escuelas tan diversas como son la italiana y la francesa, evidenció nuestro grabador que sabía interpretar indistintamente con flexibilidad y acierto las modulaciones del sentimiento artístico, que dan á cada creación una fisonomía peculiar y como un trasunto del espíritu creador que las vivifica.

No os fatigaré insistiendo, porque al finado Académico le sobra renombre propio, y á sus obras perdurables mérito intrínseco, para suplir todos los encarecimientos que ahora me dicta la justicia. Satisfaré la deuda reglamentaria procurando que no sea más onerosa para vuestra paciencia que para la cortedad de mis medios.

Todos vosotros sabéis, y de seguro muchos deploráis conmigo, el estado de abatimiento en que se encuentra entre nosotros el grabado calcográfico, y ofendería vuestra ilustración artística si no diese por cosa averiguada en vosotros la ventaja que obtendría el Arte del dibujo, si resurgiera con nueva y lozana vida esta importante rama de las Bellas Artes. Hay que confesarlo con ingenua franqueza: no fué nunca en España donde más floreciera, aunque podamos pronunciar con orgullo, como propios nuestros, los preclaros nombres de Selma, Esteve, Enguídanos, Carmona, Muntaner..... y Rosselló. Este último, ilustre paisano mío, aventajado discípulo del gran maestro Henriquel Dupont, se distinguió, no sólo por el excelente y correcto dibujo, sino también por haber sabido interpretar el *color* en las láminas que grabara, bien escasas por desgracia (1), pues se malogró cuando más y mejores obras podían esperarse de sus talentos artísticos y de la madurez de sus estudios, como lo abona el precioso grabado del *Cristo yacente*, de Cham-paigne, lámina que mereció la distinción de ser adquirida por la *Sociedad de grabadores de París*.

A los demás eximios grabadores de que queda hecha referencia, que son y deben ser gloria de la patria, no he de regatearles justos y entusiastas elogios por las preciosas láminas que nos dejaron: son ciertamente admirables sus grabados y de una delicadeza de buril extra-

(1) En 1872 este ilustre grabador mallorquín, D. José María Rosselló, enfermo de cuerpo—se asegura que lo estaba también del espíritu,—perdió desastrosamente la vida en lo más florido de sus años junto al puente llamado de los Franceses.

ordinaria, principalmente el grabado de Selma, interpretando el magistral cuadro de Urbino, *La Virgen del Pez*, y el famosísimo de Esteve, conocido de todos los amantes de las buenas estampas, que reproduce el grandioso lienzo de Murillo, *Moisés hiriendo la roca*. Conocéis todos esta maravilla, en cuya ejecución es fama que empleó el artista trece años, y sabéis que, amén del dibujo correctísimo y de una fiel traducción del carácter genial del autor, se vislumbra ya, en tan acabada producción artística, el *color*; cualidad entonces rarísima, que se puede atribuir como muy señalado progreso á la influencia de los grabados de maestros extranjeros. Digo que se vislumbra, y no más, el color, y la señalo como una aventajada entre los demás grabadores españoles de aquella época, porque en realidad no es todavía completa la relación de tonos; todavía se advierte marcada tendencia á la monotonía de los oscuros, faltando para traducir el *color* del original una gradación ó relación de tonos y tintas indispensables para interpretar fielmente la armonía que supieron imprimir en sus lienzos nuestros grandes pintores, y muy especialmente el extraordinario maestro sevillano, *El pintor de las Vírgenes y de Las glorias*. Aunque sobresalieron los antiguos por otras cualidades, preciso es reconocer que los grabadores modernos les han aventajado asombrosamente en ésta del color, última excelencia de los buenos grabados.

Siendo el Arte cosmopolita, como luz venida de lo alto, el más exquisito amor patrio no obsta para que busquemos en artistas de fuera esta cualidad tan estimada del inteligente en estampas. Y aunque se ha generalizado la exigencia del *color* en el grabado, rindiendo tributo á

la verdad, hemos de confesar que los modernos grabadores no han tenido que inventarlo, pues el genio de Rembrandt legó en sus prodigiosas agua-fuertes textos inestimables para el estudio del claro-oscuro; armonía sinfónica que produce la sensación espiritual de *color* con sólo el magistral empleo de la *luz* y de la *sombra*. Sus grabados, como sus pinturas, impresionan la mente del espectador, por poco artista que sea... ¡como visiones directas de su propia fantasía! Para medir el poder increíble del Arte, basta contemplar la incomparable estampa *El Calvario* (1). ¡Es indecible el encanto que Rembrandt ha sabido producir con la sorprendente magia de su poético claro-oscuro! No busquéis en sus grabados minuciosidades ni primores de factura: eran incompatibles con su vivísimo temperamento. El que aun en sus obras pictóricas de más empeño despreciaba, con harta frecuencia, la corrección del dibujo—por más que demostró en su magnífico cuadro *Una lección de anatomía* cuán consumado dibujante era;—quien, para algunas figuras de sus lienzos, se valía, con frecuencia también, de modelos triviales y risibles rayanos con la caricatura, hería el cobre con sus enérgicos buriles como si desdenara toda preocupación, llegando al extremo límite del *difícil* desenfado arrollando todo método y sin sujeción á manera alguna. Acaso por esto mismo resultan tan artísticas, tienen una fisonomía tan peculiar, y son tan

(1) De esa famosa estampa *El Calvario*, sin duda la más importante del gran artista, sólo se conocen tres ejemplares: uno, que existe en Londres, y los otros dos en París, habiéndose pagado por uno de ellos, hace algunos años, 60.000 francos.

dignas de estudio y de tan fecunda enseñanza sus raras y codiciadas estampas. No conozco nada tan maravilloso ni más interesante, en el arte del grabado, que esas agua-fuertes, por lo espontáneas, vigorosas y delicadas, y, sobre todo, nada tampoco más prodigioso que el conseguir, como Rembrandt consiguiera, con tanta sencillez, tanto efecto. Es la más directa comunicación del aliento espiritual á través de los más elementales y negligentes medios plásticos de expresión.

Perdonad el entusiasmo, tal vez desmedido, que siempre despertó en mí aquel gran artista: no se habla de la luz sin pensar en el sol, que es su padre; no acierto á desear florecimientos para el grabado, sin que acudan á mi consideración las obras de Rembrandt.

Mas ahora tengo viva complacencia en poder afirmar que nuestros insignes Goya y Fortuny, también geniales en sus obras pictóricas, que simultaneaban con los grabados, como hizo el gran artista holandés, en agua-fuertes originalísimos dejaron el sello de su respectiva personalidad propia, y en algunos de esos grabados, por la materia con que están tratados, el acierto del claro-oscuro, el tino de la relación de tonos, la simpática armonía del conjunto, y ¿por qué no decirlo? también por la despreocupación misma de la ejecución, recuerdan las preciosas estampas del pintor-poeta del claro-oscuro por excelencia.

Cuando el genio ilumina la fantasía, no bastan fronteras ni siglos para estorbar la analogía en sus creaciones. La antorcha del Arte no puede ser otra que la verdad sorprendida en sus accidentes más bellos, ora de la *forma*, ora del *color*, ora de la *luz* y de la *sombra*.....

Contemplantán esta verdad de muy diversa manera allá en su imaginación los artistas, y de la diferencia de percepciones resultará la originalidad de sus creaciones; pero siempre estarán sujetos por la idéntica y perenne realidad que á todos les impresiona. Grandes maestros de tan diverso temperamento y manera de sér como el Greco, Velázquez, Ribera, Alonso Cano y Murillo, entre muchos otros preclaros artistas, guardan un aire de familia en medio de los rasgos característicos de cada cual. Este lazo de unidad y esta individual fisonomía se conservarán siempre en las obras legítimas de la inspiración artística; donde podrán perderse es en la degeneración del Arte, envilecido, unas veces, por el capricho enfermizo, con más frecuencia por el ambiente social emponzoñado—dejad que así me exprese—por el mal gusto de época que al artista rodea y casi ahoga. La belleza artística no fenece sino cuando se vuelven las espaldas á la verdad, máestra de maestros.

No quisiera haceros víctimas de mi resuelta afición al arte calcográfico, hablándoos abusivamente de grabados, ni aun de los excelentes originales de Ribera, Alonso Cano y Murillo, entre los de autores españoles; ni tampoco de los hermosísimos retratos grabados con varonil elegancia y delicadeza suma por el insigne Van-Dyck: mejor que yo los conocéis; mas para afirmar mi idea, acaso no sea ocioso recordar las brillantes y magníficas estampas que, guiados por el genio de Pedro Pablo Rubens, grabaron artistas insignes, y especialmente las de Vorsterman. A presencia de algunas de ellas, obras maestras de destreza y arte, vigor y carácter, ¿quién podría sostener que el procedimiento, relativamente nuevo, del

fotograbado puede reemplazar al grabado calcográfico, ni ponerse siquiera en parangón con él?

Sucede en el mecánico procedimiento del fotograbado lo que con las instantáneas—hermanas casi gemelas y siempre amigas inseparables del fotograbado,—que sorprenden la ola del Océano, movediza y de fuerza incontrastable, y os la representa inmóvil, petrificada. Por el contrario, hace un estudio de la misma ola un buen pintor que conozca los secretos del Arte verdadero, y á su vista os sentiréis impresionados, creyendo sentir el grandioso concierto del embravecido mar, supliendo vuestra imaginación el movimiento y la vida, contagiada de la vibración del alma del artista.

Creo que no debo insistir más sobre estas consideraciones, porque sabéis que cuando la fotografía sorprende, por ejemplo, el gallardo correr del caballo, nos lo retrata, sin que me detenga ahora á explicar el por qué, en una actitud muy cercana al ridículo, inverosímil é invariablemente antiestética. ¡Cuán de distinta manera sucede cuando es la retina de un Velázquez la que estudia, y también sorprende el clásico galopar de un corcel, y sus habilísimas manos, dóciles á aquella inteligencia privilegiada que el Creador le concediera, immortalizan en el lienzo, no sólo el objeto material, sino la duración artística de la belleza en la cámara obscura donde habita su alma humana! Siempre será insustituible, siempre se notará la ausencia de este huésped en todo artefacto de óptica. Delante de la producción del genio, lo que vemos y embelesados admiramos es la realidad misma sin mengua de la verdad, pero iluminada por el espíritu. Ejemplo de ello, señaladísimo por cierto, es el in-

comparable retrato ecuestre del Conde-Duque de Olivares.

Ha venido el fotograbado, no á hacer progresar el arte del grabado. Utilísimo es para facilitar la divulgación de imágenes, abreviar la reproducción gráfica de escenas, completar la imprenta, abaratar la mercancía editorial; pero al Arte le ha acontecido casi lo mismo que imperfectamente os decía poco há: petrificar la *ola*, detener los progresos del grabado en su más artística y bella manifestación.

Felizmente, á él retornan muchas publicaciones del extranjero, ilustradas hasta hace poco tiempo con fotograbados; sus editores, sin duda persuadidos de la vulgaridad é imperfección artística del procedimiento, restauran el grabado en madera, que si no es tan perfecto ni tan artístico como el calcográfico, por su índole, y especialmente por el género de estampación que requiere, al fin es obra *consciente y espiritual*, en donde el artista deja, como en todas sus creaciones, las huellas de su personalidad; y cuando es un Panemaker ó un Baude quien graba las maderas, entonces son esos grabados dignos de gran estima. Esperemos confiadamente que no ha de pasar mucho tiempo sin que, conservando todas sus naturales y provechosas aplicaciones, el procedimiento del fotograbado, que es insustituible para reproducir *actua- lidades ó sucesos*, casi siempre con designios ajenos al Arte en la verdadera acepción de este culto á la belleza ideal é inmortal, recobre su auge y apresure sus rezagados adelantos el grabado calcográfico. Siempre serán cosas heterogéneas: rara vez se conserva el recuerdo de la escena reproducida mecánicamente; el contacto de nues-

tro espíritu con el alma del artista, palpitante en su obra, deja imperecedera huella.

En los comienzos del siglo que vemos extinguirse, Senefelder, con su maravilloso descubrimiento de la litografía, produjo honda revolución en la esfera del arte de reproducir, por aquel entonces reducido á la imprenta y al grabado, especialmente en la moderna Atenas; y fueron tan rápidos los adelantos, que en poco tiempo llegó al apogeo, haciéndose innumerables retratos por el novísimo método de los más encumbrados personajes de la época, y también reproducciones fidelísimas y admirables de muchos cuadros: baste citar las obras del habilísimo y en extremo fácil lápiz de Maurin. Sin embargo, la vida de la litografía fué tan precoz como efímera, términos que suelen andar emparejados. No cabe dudar que precipitó poderosamente la decadencia el nuevo y casi simultáneo descubrimiento de Niepce y de Daguerre.

El por tantos títulos ilustre D. José de Madrazo, á quien mucho deben las Bellas Artes en España, como asimismo á su preclaro hijo D. Federico, que en grado sumo las enalteciera con sus hermosísimos retratos y su nunca bastante ensalzada ilustración artística, trajo á Madrid, en la época de su mayor florecimiento en París, la litografía, y bajo su inteligente dirección y con los auspicios que de la Real Casa recibiera, se hicieron muy bellas reproducciones de los cuadros selectos de nuestro Museo del Prado, formando las láminas litografiadas por hábiles artistas una notable colección. Algunas de ellas están dibujadas con tal arte y conservan tan fielmente el carácter del autor, que no sólo hacen honor al litógrafo,

sino que enaltecen el acierto con que Madrazo escogía los maestros encargados de la delicada empresa, así como también su gran inteligencia y su exquisito gusto.

La aparente muerte y efectiva decadencia de la litografía no han estorbado para que hoy resurja precisamente donde más floreciera en su tiempo, y ahora la cultivan los pintores mismos, especialmente de paisaje. Con las piedras en que ellos dibujan, se tiran esmerados ejemplares que alcanzan elevada remuneración.

Una buena litografía es verdadera obra de arte; es creación personal, vibrante é intencionada; siempre será superior al fotograbado, que resulta de un procedimiento mecánico; pero nunca podrá sostener la comparación, sin sensible desventaja, con un grabado calcográfico hecho por el mismo autor, porque fatalmente ha de carecer la litografía, por la índole de su procedimiento, del vigor, calidad, delicadeza é intención á que los trazos del grabado se prestan. Jamás podrán conseguirse con el lápiz ni la tinta litográfica los efectos del buril y de la estampación calcográfica, en que cada ejemplar tiene el sello de la destreza y el gusto artístico del estampador.

No quiero faltar á la promesa de ser breve, que tal vez ya os parezca fallida. Quisiera, sí, haber explicado las razones de mi predilección por el grabado calcográfico, que en otros tiempos alcanzara mercedamente espléndida protección de monarcas y magnates, y que hoy vemos poco menos que olvidado entre nosotros. Si la principal aplicación del grabado consiste en dar á conocer dentro y fuera de la patria las obras pictóricas y escultóricas dignas de tal honra, cuanto más flexible, fiel y perfecto sea el medio, tanto más ganarán los origina-

les y se difundirá su gloria. No olvido los grabados originales de los grandes artistas, que todo afortunado coleccionista amante de lo bello guarda como joyas y como quinta esencia del talento de sus autores; no los coloco en primera línea, porque en ellos el grabador es súbdito y accesorio del artista creador, que por otro procedimiento cualquiera legaría á la posteridad sus obras con nombres tan imperecederos como los de Lucas de Leyden, Alberto Durero, Rembrandt, Mantegna, Marco Antonio, el Españoletto, Murillo, Alonso Cano y tantos otros.

Pongo punto final á estas consideraciones, modestas como mías, abogando por un vigoroso renacimiento del Arte de Finiguerra en nuestra España: hoy más que nunca se nos demanda á todos un esfuerzo titánico en las diversas manifestaciones de la vida material é intelectual. Consentidme que aporte mi vehemente voluntad, ya que no pueda otra cosa, para asociarla á la meritoria y civilizadora labor á que venís consagrados. Felizmente, á esta ilustre Corporación pertenecen quienes, en sus respectivas y nobles Artes, no sólo han dado gloria á la patria, sino que se hallan en condiciones envidiables para enaltecerla todavía más, influyendo en la dirección de las nuevas generaciones.

HE DICHO.

DATOS BIOGRAFICOS

DE

D. DOMINGO MARTINEZ APARISI

Nació en Valencia el año de 1816. Fué discípulo de D. Rafael Esteve, y alumno de la Academia de San Fernando. En 1848 fué á París y á Bruselas pensionado por el Gobierno para ampliar sus conocimientos en el grabado, recibiendo en París lecciones del célebre grabador italiano Calamatta. El año de 1855 obtuvo, por oposición, la plaza de Profesor de grabado en dulce de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado, de Madrid. La obra de concurso fué *La Concepción de Murillo*. En 1849 le otorgó la Academia de San Carlos, de Valencia, el título de Académico supernumerario, y en 22 de Enero de 1860 ingresó como Académico de número en la de Bellas Artes de San Fernando.

En Exposiciones nacionales de Bellas Artes obtuvo los premios siguientes: en 1856, medalla de tercera clase por el grabado de uno de los medios puntos de Murillo; en 1858, medalla de segunda clase por el grabado del otro medio punto de Murillo; en 1860, otra medalla de segunda clase por el grabado en dulce representando una sillería de la Catedral de Toledo, con destino á la obra *Los Monumentos arquitectónicos de España*; en 1862, medalla de primera clase por el dibujo del cuadro de D. Carlos Ribera, *Origen del apellido de los Girones*; en 1864, otra medalla de primera clase por el grabado del mismo cuadro. Es autor del grabado de *Santa Isabel de Hungría, de Murillo*, última obra de empeño que

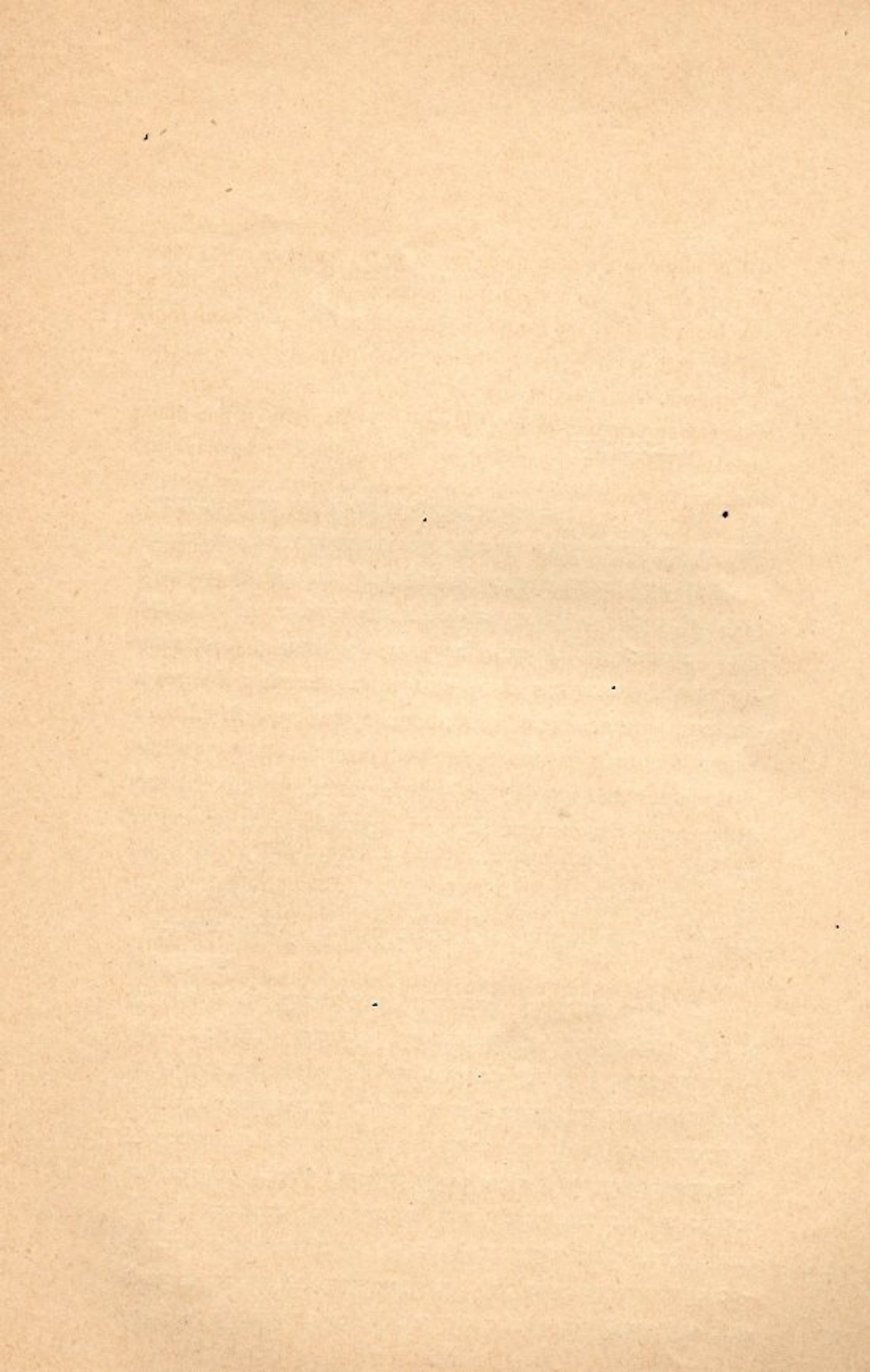
hizo y presentó «fuera de concurso» en otra Exposición nacional de Bellas Artes. En Mayo de 1868 ingresó en el Banco de España como grabador primero, cargo del cual se jubiló en Agosto de 1898. Fué propuesto varias veces para condecoraciones, cuyos títulos no sacó.

Falleció en Madrid el 14 de Noviembre de 1898.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. ANGEL AVILÉS Y MERINO



SEÑORES:

«¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!» Esta histórica frase, que en las monarquías significa la solidaridad y la perpetuidad de la institución, contrapuestas á lo perecedero de las personas, tiene igual concepto y aplicación en las instituciones académicas. Así, el acto solemne que hoy celebramos significa que si la muerte es incesante en destruir, la vida es infatigable en renovar, y que á las tristezas que produjo la sensible pérdida del notable grabador y distinguido compañero nuestro D. Domingo Martínez, suceden hoy los plácemes con motivo de venir á reemplazarle en nuestra Corporación un artista ilustre, un grabador hace tiempo famoso, el Sr. D. Bartolomé Maura y Montaner.

No quisiera yo, que he recibido el honroso encargo de contestar á su discurso, no quisiera..... mejor dicho, no temo que las alabanzas que haya de tributar al nuevo Académico puedan ser por nadie calificadas de hervores lisonjeros de la amistad, pues aun siendo muy viva y acendrada la que al Sr. Maura profeso, no es ella, sino la justicia, la que me impulsa á felicitarle y felicitar calurosamente á la Academia por esta recepción, igualmente satisfactoria y honrosa para todos. La única diferencia que puede haber entre los elogios míos y los que

al Sr. Maura tuvieran que tributar un indiferente y hasta un adversario, estriba en que yo siento extraordinaria complacencia en proclamar los méritos y servicios del Sr. Maura, y otros, sin más que ser justos, habrían, aunque les doliera, de hacer lo mismo. Ya veréis, además, que el elogio no resulta de encarecer sus merecimientos, sino de relatarlos.

Ni puede ser de otro modo, porque en verdad estricta, cuanto es y cuanto ha hecho Maura en su vida, sólo á Dios y á sí mismo se lo debe: á Dios, que le otorgó un gran talento de artista y una voluntad de hierro; á sí mismo, por el inquebrantable sentimiento del deber, por la actividad fogosa, por la tenaz laboriosidad, que constituyen la característica de su persona: sano y hermoso origen de su labor verdaderamente fecunda y de sus triunfos.

Las olas del mar de la civilización y del Arte clásicos, el Mediterráneo azul, que baña las costas de Egipto, de Grecia, de Italia y de nuestra hoy desventurada y siempre amadísima patria, mecieron la cuna del Sr. Maura en la capital de las islas Baleares, la luminosa y risueña Palma. Nació de raza y de familia de artistas, pues si él expresa admirablemente sus ideas y sus sentimientos con lápices y buriles, otros, que llevan el mismo ya preclaro nombre, conmueven y arrebatan con la palabra, la pluma ó los pinceles.

Por eso, desde edad bien temprana, mostró sus excepcionales aptitudes para el diseño, como notable discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Palma y del Profesor D. Guillermo Torres, cuyas excelentes doctrinas artísticas tales frutos comenzaron á dar en el joven Maura,

que cierto día llegó á decirle conmovido su maestro: «Cuando tú llegues—que llegarás—á ser un grande hombre y escriban tu biografía, dirán: ¡Fué discípulo de *un tal Guillermo Torres!*» ¡El vaticinio del sabio y modesto Profesor se ha realizado!

Los méritos y los lauros—premios y medallas—que le distinguieron en su ciudad natal, abriéronle, sin más examen, las puertas de la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, donde completó sus estudios artísticos, dirigidos y elogiados por el maestro de todos los modernos artistas españoles, nuestro inolvidable Director D. Federico de Madrazo.

En los comienzos de su estancia en Madrid—á donde vino el año de 1868—lo recomendó, como *joven que prometía* para el Arte, un amigo residente en Palma al ilustre D. Carlos de Haes. Instábale el amigo para que se presentara á Haes; Maura rehuía, y dilataba la presentación: no quería ver á D. Carlos yendo con las manos vacías. Poco después pudo satisfacer cumplidamente los deseos del amigo palmeño. Por consejo del insigne Fortuny, había hecho el grabado directamente del famoso cuadro de Velázquez, *Una fábrica de tapices*, y con esta *cédula personal* se presentó al fin á Haes, que, no obstante ser poco aficionado á prodigar alabanzas, le colmó de ellas. Temeroso Maura de que la benevolencia del maestro le impulsara á extremar el elogio, más bien como estímulo que como apreciación justa y merecida, rogóle que le indicase los defectos de la obra, y, sobre todo, que le aconsejara; y Haes entonces, señalándole la bellísima hilandera, principal figura del cuadro, le dijo: «¡Defectos!.... ¡defectos!.... ¿Qué defectos he de señalarle á

usted? ¡El que ha grabado esto puede ser mi maestro!» El juicio de Haes fué más tarde confirmado por el gran Rosales, que no se hartaba de mirar y admirar el grabado de *Las Hilanderas*, y felicitar á Maura por su hermosísimo trabajo; el cual obtuvo nueva sanción, alcanzando una medalla de Arte en la Exposición universal celebrada en Viena el año de 1873.

Desde entonces la labor de Maura y las justas recompensas por ella merecidas no han cesado un momento. Con primera medalla fué premiado en la Sección de Grabado de la Exposición general de Bellas Artes de Madrid, y con la de Arte en la Universal de Filadelfia, celebradas ambas en 1876. Más tarde ganó el concurso internacional para grabar la medalla conmemorativa del cuarto centenario del descubrimiento de América. Ha grabado, entre centenares y casi me atrevería á decir millares de láminas, las que representan los más famosos cuadros de Velázquez: además del de *Las Hilanderas*, ya citado, los de *Las Lanzas*, *Las Meninas* y el *Cristo*; la *Virgen del Rosario*, de Murillo; la *Familia de Carlos IV*, de Goya; la *Presentación de D. Juan de Austria* y el *Testamento de Doña Isabel la Católica*, de Rosales; *Doña Juana la Loca*, de Pradilla, y muchos otros notables de Ribera, Alonso Cano, Tiziano, Moro, Mengs, etc., etc. Os abrumaría si os citara uno por uno los innumerables retratos de personajes antiguos y contemporáneos grabados por el Sr. Maura. Sólo se comprende su extraordinaria fecundidad, sabiendo que alguna vez le ha acontecido lo que al *Fénix de los ingenios*, el milagroso Lope de Vega, quien, refiriéndose á comedias suyas, escribía aquel célebre dístico:

«Y más de ciento en horas veinticuatro
pasaron de las musas al teatro.»

A las veinticuatro horas de habersele encargado, con encarecedor apremio, á Maura que grabase, para la conocida obra *Autores dramáticos españoles contemporáneos*, el retrato del autor del *Tanto por ciento* y de *Consuelo*, entregó terminada la lámina, y yo puedo decir que éste es el mejor retrato que se ha hecho de mi inolvidable y queridísimo amigo el insigne D. Adelardo López de Ayala.

El Sr. Maura ha sido durante veintitrés años Administrador de la Calcografía Nacional, y actualmente es grabador primero del Banco de España y Director artístico, por oposición, de la Fábrica Nacional de la Moneda y Timbre del Estado, habiéndole distinguido el Gobierno, por sus servicios á la Administración, con honores y condecoraciones. El Sr. Maura es, en suma, hoy el grabador más notable de España, y no solamente el más notable, sino el más popular, porque si, como reza el refrán, «al Rey se le conoce por la moneda,» por la moneda también es Maura conocido. En todas ellas se leen ahora las iniciales B. M., que—¡misteriosa coincidencia!—son famosas en la historia del grabado, pues distinguen las obras de un notabilísimo artista alemán del siglo xv, el autor de la célebre estampa *El Juicio de Salomón*, cuya firma monográfica se compone de esas propias iniciales. Todo el mundo, pues, conoce al señor Maura, aun el vulgo, que le cree el *padre de los billetes de Banco*. Tan admirablemente grabados están éstos, que no conozco ningunos mejores, ni siquiera los norte-ame-

ricanos, á pesar de su fama de excelentes, y cuya factura es, sin embargo, amanerada y redonda. Gracias á Maura, no nos han vencido en esto los *yankees*. ¡Ah, si todos los españoles, cada cual en lo suyo, fuesen Mauras!....

Terminaría aquí, á no ser costumbre respetable que en estos discursos de contestación se diga también algo sobre el tema elegido para el de su ingreso por los nuevos Académicos; pero seré muy breve, porque en nada tengo que contradecir la sana y abundante doctrina expuesta en el discurso que acabáis de oír con delectación.

No ha querido el Sr. Maura—y ha hecho bien, porque así dice ideas propias y no ajenas noticias—hacer la historia del Arte que profesa, del Arte en su genuína manifestación engendrado por el humilde nielador y grandísimo artista florentino *Masso Finiguerra*, del grabado en metal ó en talla dulce, cuya designación técnica debe ser, como prefiere el Sr. Maura, la de *grabado calcográfico*, para distinguirlo del *xilográfico* ó grabado en madera. Limitase á exponer sobrias, pero atinadísimas consideraciones, defendiendo la conveniencia de restaurar el antiguo grabado artístico, sustituido para el vulgo por los modernos procedimientos del heliograbado, el fotograbado, la fototipia, la colotipia y otros de la misma índole.

Conforme de toda conformidad estoy con el señor Maura, no porque rechazemos para las publicaciones populares ese medio modernísimo de ilustración barata y aun bella, sino porque reconociéndole su misión educadora, y no pretendiendo restringir en modo alguno su extensa esfera de acción, deseamos que renazca el graba-

do clásico, único que puede satisfacer las más delicadas exigencias del Arte. Sin combatir ni proscribir la abundante y nutritiva patata, bien pueden los paladares finos aspirar á deleitarse saboreando la aromática trufa.

Con frase felicísima dice el Sr. Maura que el resultado de los grabados puramente mecánicos es como *ola petrificada*. Y así es la verdad. A no acudir al cinematógrafo, que representa la sucesión de momentos reproducidos por la fotografía, sólo uno reproduce ésta, sin expresar, por tanto, el movimiento, que es la vida, sino la quietud, que es la muerte; lo externo, que es la materia; no lo interno, que es el alma. El objetivo, la cámara obscura, los reactivos químicos de la máquina, no son ni serán nunca los ojos, las manos, el entendimiento ni el corazón del artista. La diferencia esencial entre un fotograbado y un grabado artístico está en que la máquina, al reproducir, como nada siente, nada puede poner ni pone suyo, mientras que el grabador pone en su obra su alma de artista, añade su propio sentimiento, la impresión que á él le ha causado el original que graba; interpretación y comentario personal y vibrante de ese mismo original, como es en música la transcripción al piano de una gran pieza de orquesta. No hay que dudarlo: eternamente será verdadero el *si vis me flere.....* de Horacio. ¿Qué fotograbado tiene la intención profunda, las delicadezas, las energías, el arte supremo, en una palabra, de las agua-fuertes de Rembrandt ó de Goya, en las cuales resaltan y punzan la vida y el espíritu, como si fuesen áureas cadencias de una estrofa de Virgilio ó tremendas zarpadas de una sátira de Juvenal?

De todo en todo estoy también de acuerdo con el se-

ñor Maura, en que uno de los mayores méritos del grabado es el color; mérito difícilísimo, como que consiste en producir el efecto de la coloración, sin poder emplear más que el tono claro del papel y el tono obscuro de la tinta. La intensidad gradual de ésta, y los contrastes, la entonación, en una palabra, es lo que produce el efecto, la ilusión del color; problema más arduo de resolver, si se piensa que colores muy diversos tienen el mismo valor, reducidos al denominador común de una sola y misma tinta; problema que no resuelve la aritmética, sino el sentimiento, raíz de las Bellas Artes. Los trazos de los buenos grabadores son verdaderas pinceladas. El buril comenzó por ser lápiz y pluma en manos de los italianos y los alemanes Finiguerra, Mantegna, el famoso y anónimo maestro de 1466, Martín Schoengauer, Alberto Durero y Marco Antonio, y acabó por ser pincel en manos de los flamencos y los holandeses Lucas de Leyden, Vorsterman, Bolswert, Pontius, Soutman, Visscher, y, sobre todo, en las del coloso de la pintura y del grabado, el admirable Rembrandt. Y aquí debe detenerse, sin llegar al decadente abuso de la habilidad técnica, en que cayeron Morghen y sus discípulos é imitadores.

No es preciso el abuso de los trazos ni el de los procedimientos para obtener la línea firme y pura, ni el color jugoso y brillante. Empleando sabiamente la punta seca, el agua fuerte, el buril; empleando el humo (*manière noire* de los franceses), el lavado, el agua-tinta— aunque yo prefiero con el Sr. Maura aquellos clásicos y honrados medios y procedimientos á estotros más rebuscados,—se puede llegar al *summum* del grabado, como llegaron los antiguos grabadores de Italia, Alemania y

los Países Bajos, citados antes; los franceses Callot, Claudio de Lorena, Nanteuil, Audran, Morin y Masson; los ingleses Woollett, Raimbach, Cousins, y los españoles Ribera, Palomino, Goya, Enguídanos, Esteve, Carmona, Moles, Selma y Fortuny, nombres gloriosos, á los cuales se podrían añadir hoy, con el de Maura, algunos otros de muy estimables grabadores en talla dulce y grabadores en madera.

Hay que repetirlo de todos modos: en el espíritu, en el sentimiento, en la intención está el Arte, y no en el mecanismo; cualquiera puede coger un pincel y *manchar* ó *embadurnar* de color un lienzo; cualquiera puede empuñar un buril y *herir* ó *arañar* una plancha de cobre; pero grabar *La Melancolía* ó pintar *Las Meninas*..... ¡ah! para eso se necesita ser Alberto Durero ó ser Velázquez.

Así se comprende que Marco Antonio se formara al lado de Rafael, y que los grabadores coloristas flamencos encontrasen la luz y toda la energía y la variedad de la más rica paleta acudiendo al templo artístico fundado en Amberes por el gran Rubens, como los grabadores franceses se educaron en los Gobelinos, dirigidos por Lebrun; los ingleses por Hogarth y por Reynolds; los alemanes por Durero, y los holandeses por Rembrandt.

No es posible, pues, llegar á ser un grabador notable sin ser un gran dibujante y un gran colorista, sin ser un artista completo. Como verdadero y gran artista, el señor Maura está imbuído de tan excelente doctrina, que es la médula de su discurso; y practicándola como la practica, mantiene la gloriosa tradición de nuestros antiguos excelentes grabadores y de su compatriota é inmediato predecesor, malogrado y querido amigo mío,

el ilustre Rosselló, cuya prematura y trágica muerte marchitó en flor un artista de altos vuelos. Acaso la Providencia, en sus inescrutables designios, quiso indemnizar al Arte español por la dolorosa pérdida del mallorquín Rosselló con la merced fecunda del mallorquín Maura; más grata tal vez para España, porque Rosselló se formó en París bajo la dirección de Henriquel-Dupont, que con el alemán Ernesto Forberg está á la cabeza de los modernos grabadores, y es celebrado autor de las estampas que reproducen el *Hemiciclo del Palacio de Bellas Artes* y el *Retrato del Marqués de Pastoret*, hermosos originales de Paul Delaroche; mientras que Maura, que fué rival afortunado de Rosselló, y después sucesor suyo aventajado, es lo que es sin haber salido de España.

Y aquí termino. Mejor contestación merecía el recipiendario, y nadie siente tanto como yo que no la haya logrado. Lo único que me consuela es que cuando mencionen este acto solemne, darán la enhorabuena á nuestra Academia por la valiosa adquisición que ha realizado en la persona del insigne grabador D. Bartolomé Maura; colmarán á éste de justos elogios por sus méritos y por su bello discurso de recepción, y concluirán diciendo: «Contestóle un tal Angel Avilés.»

